

MESIANISMO Y ESPERANZA CRISTIANA

*** Ni optimistas ni pesimistas sino esperanzados**

Vivimos en un mundo y en una historia percibidas cada vez más como "sin salida". Es un lugar común hablar de nuestros tiempos "postmodernos" como tiempo de lo inmediato, sin utopías, sin capacidad de imaginar y soñar con otros modos distintos de estar en la vida más creativos y esperanzadores.

Da la impresión que en este tiempo no se puede apostar ya por un futuro por el que valga la pena, (¿qué es lo que hoy vale la pena?, empeñar la vida solidaria y responsablemente porque no sabemos qué es lo que nos espera. En un mundo lleno de penalidades no estamos dispuestos a cargar con una pena más: preocuparnos y ocuparnos del hoy, del mañana y del pasado mañana. Esta secuencia temporal, tan corta, en los tiempos que corren se vive como un agobio y es mejor no levantar la mirada más allá de lo inmediato.

Se trata de vivir en lo inmediato, saborear lo pequeño y lo cotidiano, replegarnos sobre nosotros mismos y lo que tenemos a mano. Vivimos un tiempo en el que no vale la pena sacar sólo billetes de ida, conviene asegurarnos la vuelta porque nunca sabemos que puede pasar en las opciones que se tomen. Unos viven el momento presente sin miradas hacia atrás ni hacia adelante, mientras que otros da la impresión que se pasan media vida añorando lo que pasó y otra media esperando lo que nunca llega.

Presente inmediato sin pasado ni futuro o pasado y futuro sin presente. Los unos y los otros viviendo, por lo tanto, sin esperanza o no hay futuro o no hay presente. La esperanza hoy tiene que encontrar su sitio, la hemos expulsado de nuestra vida concreta, quiere volver pero no sabemos dónde colocarla ni que hacer con ella, es molesta porque intuimos que si les hacemos sitio las miradas tienen que fijarse en esta intrusa y esto nos desestabiliza: nos obliga a mirar el pasado, el presente y el futuro y no estamos para conjugar tanto tiempo ni "verbal" ni "vital".

La sin salida en estos tiempos está teñida de un aire milenarista y apocalíptico. Vuelven a surgir agoreros, traficantes y especuladores del futuro. Da la impresión que el planeta azul se nos ha hecho pequeño y que somos muchos, que todos estamos afectados por los problemas de todos, nos queremos escapar y entonces vuelven a aparecer traficantes del agobio y del dolor que por precios cada vez más asequibles nos ofrecen puertas y ventanas para salir... pero detrás vacío y sólo vacío.

Por lo tanto vivimos tiempos "extintores" de pasados y "extintores" de futuros (A.Alvarez Bolado): tiempos en que no se puede volver la vista atrás porque el que mira se convierte que en estatua de sal, fijado en añoranzas idealizadas de lo que pasó. De lo que se trata es de recuperar memoria, de no perderla, mirar hacia atrás para recuperar tradiciones fecundas, que fueron dinamizadores y abrieron futuro. Es necesario tener valor para mirar hacia atrás.

Es molesto mirar hacia atrás, en nuestro contexto cultural e histórico, porque nos encontramos con el horror de la historia, la historia de la especie ha generado muchas, demasiadas, víctimas. Reconocerlo es molesto. Son la mayoría los que se han quedado en la cuneta de la historia y de la sociedad, ver esto supone reconocer que, también hoy, son los más lo que se están quedando en la exclusión y en la sin salida.

El mirar hacia atrás es tan molesto que nos encontramos, con tan sólo mirar nuestro siglo, con los campos de concentración, el "holocausto" (¡atención que se quiere considerar falsedad histórica por algunos!), la destrucción nuclear... ¡mirar es francamente molesto!. Mejor seguir viviendo sin mirar, mejor que no nos cuenten historias desgraciadas.

Al no mirar hacia desde dentro y de cara nos incapacitamos para mirar el futuro. Se quiere ignorar que esto puede ser de otra manera, que no nos podemos quedar en "hay lo que hay" y en "no hay más cera que la arde". Si no miramos el futuro nos quedamos con una mirada muy corta sobre el presente. Esta mirada corta va mutilando aspectos fundamentales de la realidad personal y social. Cuando no tenemos ni pasado ni futuro y se nos dice que la historia ha terminado nuestra propia humanidad se diluye.

En tiempos no muy lejanos se daba el "clandestinaje político" hoy vivimos un "clandestinaje antropológico". Para comunicarnos sobre lo que de verdad nos preocupa o nos debería preocupar como personas y como sociedad (valores que valen la pena, sentido del vivir, sentido o sin sentido del dolor y sufrimiento, solidaridad como cultura y no como respuesta puntual y emotiva, heridas afectivas, el por qué de tanta soledad a nuestro alrededor, posibilidades de futuro...), da la impresión que hay que esconderse y saber muy bien en qué ambientes y con qué tipo de personas se puede o no hablar. Hablar de según que temas es un asunto "feo" y casi de mala educación. Es preocuparte la pérdida de dimensiones profundas de lo humano que se nos caen por el camino de la vida. Vivimos una cultura de "pasarela", pasamos por la vida disimulando y aparentando. El problema nos viene cuando al bajar de la pasarela, y sin ser vistos, nos quitamos el vestido y descubrimos aterrados que no hay apenas nada. Lo preocuparte es que muchos ya no pueden bajar de la pasarela.

Es mejor ignorar todas estas cuestiones y seguir viviendo única y exclusivamente las leyes del mercado, que son las que nos van marcando un ritmo que no es de apertura hacia el futuro sino el eterno retorno de lo mismo. Las fiestas, las estaciones de la Naturaleza, el asomarse a otras culturas... , todo esto nos lo marcan y muestran las "grandes superficies", los nuevos templos en donde se rinde culto al "dios omnipresente":

Por lo tanto vivir "perfectamente instalados en la finitud" (expresión de E.Tierno Galván), expresa muy bien la mayoría de los modos de estar en la realidad que hoy nos encontramos. De lo que se trata es de no "soñar" otras posibilidades, de amoldarnos al ritmo cíclico de lo que acontece y no mirar otras dimensiones de la realidad. La mayoría de las criaturas no viven "perfectamente" ni están "instaladas" porque no tienen sitio en esta cultura. La "finitud" se vuelve, como decíamos antes, agobiante y como sin salida.

Desde que le dijimos a Dios que no se encargara de este mundo que ya lo hacíamos nosotros parece que las cosas no nos han ido mejor. Esto parece un análisis catastrofista pero la verdad es que da la impresión, como cantábamos hace algunos años, que "está subiendo la marea y esto no da más de sí". No se trata de pesimismo ni de optimismo, se trata de ver lo que está pasando realísticamente y con lucidez.

En la última curva de la historia, (¡algunos dicen que ya no hay historia!), ¿Qué nos podemos encontrar? Pensar en un futuro se nos a hecho imposible. Por lo tanto no pensar la última curva de la historia es mejor y más tranquilizante, pero cada vez percibimos con más intensidad que para la mayoría de hombres y mujeres de nuestro tiempo la última curva no está en un futuro abstracto e indeterminado, sino que se está dando hoy en tantas vidas frustradas innecesariamente.

El reto, para el creyente en la Buena Noticia de Jesús y que sigue al Jesús de la Buena Noticia, no es el del optimismo ni el del pesimismo sino el de poder vivir en esta historia concreta, y no en otra, confiada y esperanzadamente sin cinismos ni derrotismos.

Jesús de Nazaret el Viviente

Cuando los creyentes nos acercamos a la Buena Noticia de Jesús y al Jesús de la Buena Noticia y sentimos que "no arde nuestro corazón" debemos interrogarnos por nuestra esperanza. Volver a la Buena Noticia con ternura y mirada limpia es urgente. Cuando volvemos a la Buena

Noticia "cansados y agobiados" porque percibimos tanta situación sin salida en nuestro mundo y en nuestra historia, entonces nos encontramos con Jesús de Nazaret que en virtud del Dios de Israel percibido como ABBA (padre, papá) se sitúa en la vida aliviando sufrimiento y dando salida a los sin-salida de la casa de Israel, afirmando las dignidades de los ninguneados y victimizados. Jesús anunciaba la Buena Noticia del Reino (la Buena Noticia del Dios de los padres percibido como Misericordia gratuita) y curaba todo achaque y enfermedad del pueblo (Mt 4,23-24).

Jesús "pasó" haciendo el bien porque confiaba y esperaba en el Padre y Creador. En Israel aquellos que no esperaban nada porque lo tenían todo (saduceos) y aquellos que querían controlar el futuro de Israel controlando a Dios, (fariseos y celotas de todo tipo que en el fondo le dicen a Dios cómo tiene que actuar porque "esta obligado" a responder a su "correcta" actuación legal o política), no podían entender a Jesús.

Jesús está abierto a la Misericordia y Gratuidad del Padre, configura su vida desde su voluntad, respira ante el Padre sin exigirle nada, al contrario: la experiencia del Dios de Israel percibido como Padre le da una mirada nueva para ver a las criaturas sin esperanza como los preferidos. Jesús pone la "Ley" y el "Templo" en su sitio. Estas instituciones a muchos hijos de Israel les dicen que no tienen sitio ni futuro.

La esperanza de estos no era esperanza sino que era una sutil imposición a Dios: Tienes que actuar en favor de Israel porque nosotros nos lo estamos ganando y mereciendo. Jesús fue portador de esperanza precisamente para aquellos que no podían tener ninguna esperanza en Israel.

A Jesús se le presenta la realidad como tentadora en su decir y hacer Reino: la utilización del poder como provecho propio y provocar la irrupción del Reino de la paz y justicia como imposición apabullante y en el fondo violenta. Se le presenta la posibilidad de hacer Reino como lo hacen los reinos de este mundo: desde el chantaje y la coacción. Es tentado para que provoque una actuación de Dios mágica: no andar por los caminos periféricos de la Galilea con mujeres manchadas, viudas indefensas, cojos, ciegos, tullidos, infrahumanos... sino desde el "centro" de Israel. El alero del templo es el "centro": primero el mundo, el ombligo del mundo: Israel, el centro de Israel: Jerusalén, en lo más alto de Jerusalén el monte de Sión, en el monte de Sión el Templo y en el Templo el alero. Jesús es tentado para que deje de llevar esperanza a rostros y situaciones concretas y "engañe" a todos con la falsa esperanza de un futuro mágico. Al vencer las tentaciones Jesús será portador de esperanza para rostros concretos y en él el futuro del Reino se va anticipando. La Esperanza de Jesús en la intervención definitiva de Dios en favor de su pueblo lo empuja a entrar de lleno en la historia de sufrimiento y exclusión Jesús es el portador de Esperanza

Se trata de forzar el cumplimiento de las expectativas mesiánicas de restauración del reino de Israel: a esta tentación Jesús se niega y la percibe como satánica. En la Vida de Jesús no hay atajos. Jesús asume la condición humana en todas sus dimensiones y por lo tanto el servicio al Reino es servicio desde la fraternidad, el don, la ternura y la no-imposición. Por eso a Jesús le duele la dureza de corazón de aquellos que viendo que los desesperados encuentran salida interpretan los signos del Reino ("milagros") como obra de Satanás. Siempre nos encontramos lo mismo: los que creen que Dios es una propiedad privada no soportan que los excluidos, por tantas razones y causas, tengan sitio en esta historia.

En los relatos evangélicos es evidente que la mayoría perciben la esperanza en el futuro del Reino de Dios como satisfacción de intereses personales y colectivos. La esperanza de Israel está basada en la seguridad de la pertenencia al pueblo elegido y en el mérito propio. Tiene que surgir un profeta llamado Juan el Bautista, en un tiempo en que ya no surgían profetas, para zarandear las convicciones más básicas y volver a recordar que ante la inminencia del Reino de Dios no valen falsas seguridades ni convicciones "ideológicas". Juan se juega la vida porque se hace insoportable a los oídos de los "seguros".

Jesús frustra las esperanzas mesiánicas - ¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?

Jesús se "inició" en el movimiento de Juan el Bautista. Cuando Juan es detenido Jesús anuncia el Reino en actitud de servicio y en fidelidad radical al ABBA y a las criaturas más indefensas. Los discípulos de Juan tampoco lo entienden. La pregunta que le hacen expresa una inquietud y preocupación del grupo de Juan: ¿Debemos esperar a otro? Parece que le digan: "Jesús: no das la talla de Mesías". Juan decía que el Reino era inminente, que el hacha estaba puesta en el árbol, que viene el momento definitivo de separar trigo y parva. En cambio Jesús no separa trigo y cizaña, prohíbe a los discípulos que los separen porque no es competencia de las criaturas sino de los "ángeles de Dios", las criaturas si lo hacen se van a confundir. Dice que no sabe la hora final eliminando toda cábala artificiosa y alienante. Comparte mesa con los amorales e incapaces de decisiones éticas con gran escándalo de aquellos que tienen "controlado" a Dios.

Los discípulos de Juan tienen motivos para creer que Jesús está frustrando sus esperanzas. Jesús contesta que los pobres son evangelizados y el sufrimiento aliviado y todos ello desde la gratuidad. Jesús dice y hace Reino: para los que abren su corazón a la compasión Dios ha visitado a su pueblo; para los que lo cierran es obra de Satanás. Ante la dureza de corazón

Jesús se duele pero no se impone. Se trata de un Reino de Paz.

Pero Jesús mantiene desde la confianza en el Padre que ese Reino tiene futuro porque los excluidos e indefensos de la casa de Israel encuentran salida y dignidad, se les abre su historia propia a la historia del pueblo de la Promesa y por lo tanto al Futuro de Dios percibido como Padre y Creador.

La esperanza se va tejiendo en el concreto histórico. Se teje en los espacios donde los cansados y agobiados por tanta carga pesada recuperan la raíz de su dignidad ("venid a mí los cansados y agobiados que yo os daré respiro"). La esperanza en el futuro de paz y de justicia se va anticipando en lo cotidiano y en aquellos enconvarados (los pobres de las bienaventuranzas) que empiezan a levantar la mirada. Los discípulos de Juan esperaban una irrupción contundente del Reino por medio del Mesías de Dios. Jesús irrumpe en la trama cotidiana del sufrimiento de sus hermanos más pequeños.

- ¿nosotros esperábamos que fuera el libertador de Israel?

Jesús va a la muerte porque los duros de corazón no soportan este modo de ser Mesías, y no soportan que Jesús invoque a un Dios que siente ternura por sus criaturas más amenazadas en su dignidad y en su futuro concreto e inmediato como hijos de Israel. Los hijos mayores de la parábola no soportan que el pequeño tenga fiesta (Lc 15) y los viñadores de primera hora no soportan que los últimos tengan paga (Mt 20). Estos mayores y primeros van a llevar a la muerte a Jesús. Volvemos a encontrarnos con la dureza: no se alegran de que Jesús les abra la vida a los desesperados.

Jesús sube a Jerusalén para anunciar el Reino en el centro de Israel y ver si su mensaje queda acreditado. En la Jerusalén que mata a los profetas Jesús va a contar con la posibilidad real de su propia muerte. Es entonces cuando Jesús, en la cena de la Pascua, vincula el pan compartido al cuerpo que va a ser entregado y la copa de la bendición que se comparte a la sangre que va ser derramada (eucaristía como memorial de todo su existir) porque eso es lo ha hecho en todo su vivir: Jesús sabe que para ser portador de esperanza tiene que compartir la suerte de los desesperados.

En el lavatorio de los pies se expresa de una vez por todas que Jesús es el que sirve. El "amor hasta el extremo" consiste en el dar la vida como servicio. Sólo en el servicio se va a encontrar el sentido de la Esperanza. El relato del lavatorio es un relato de una densidad

impresionante. Pedro quiere mantener a su Señor arriba para así ser él señor de los que están abajo. Pedro no percibe un Reino futuro como el reino de los des-vividos en esta historia. Sólo en la medida que el seguidor de Jesús va perdiendo su vida por amor encuentra sentido y esperanza en su vivir. Al dar la vida por las criaturas más amenazadas, estas encuentran la posibilidad de que su dignidad quede afirmada porque experimentan que son valiosas ante el Padre de Jesús. Pedro sigue manteniendo una percepción de la Divinidad y del seguimiento como un orden establecido según los criterios de este mundo. Un reino jerarquizado en amos y esclavos y reproductor de la radical falta de esperanza y de futuro para aquellos que estando abajo no encuentran nunca la posibilidad de mirarse a los ojos en horizontal.

El Señor estando a los pies sirviendo devuelve a todos la posibilidad de futuro. Desde el lavatorio no podemos seguir imaginado un "dios arriba y detrás" sino un Padre de Misericordia que se revela en Jesús "abajo" y dinamizando hacía un "adelante" de fraternidad y de filiación. Hacia un futuro de Esperanza.

Los discípulos experimentan la frustración que supone la muerte de Jesús en el madero. Un poco antes de la muerte "todos lo abandonaron y huyeron" y sólo unas cuantas mujeres seguían desde lejos. Permanecen "cariacontecidos" porque no ha restaurado Israel. Sus esperanzas han quedado dramáticamente defraudadas.

Desde la Buena noticia de que el Viviente es el Crucificado y que el Crucificado es el Viviente no cabe esperar nada distinto a lo acontecido en Jesús. Jesús el que pasó haciendo el bien, el desvivido por las criaturas y que por eso fue levantado por el Padre de la muerte y sus garras, y es el que Vive para siempre. Nuestra esperanza confiada es seguir, con la fortaleza del Espíritu, dando la vida para que otros tengan vida.

La esperanza cristiana que nos da el Viviente no es sólo ni primordialmente la proyección de nuestros deseos de justicia y paz sobre un mundo futuro. Nuestra Esperanza nos lleva en esta historia concreta a seguir experimentándola como crucificada, (Jesús fue exaltado a la derecha del Padre y el mundo siguió con su historia de violencia y de crimen), pero en virtud del Viviente y su Espíritu de fortaleza esta historia se abre al futuro cuando damos vida y la vida.

¿Señor es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?

La insistencia en la restauración después de los encuentros con el Viviente nos hace caer en la cuenta cómo la esperanza puede tener mucho de ilusoria y de "mágica". Jesús no va

restaurar ningún reino, aunque este deseo sea legítimo, y expresa los deseos utópicos más nobles

La "memoria passionis" se centra en el final de Jesús de Nazaret y este final siempre pondrá en cuestión "falsas ilusiones". La muerte de Jesús es consecuencia de un modo concreto de vivir. La desestabilización del orden socio-religioso de Israel en virtud de un Dios que se percibe como Padre y Creador y que lleva a Jesús a poner su vida, hasta el final, al servicio de los sin-salida. Desestabiliza las garantías de toda "ley" y "templo" que aseguren la salvación. Cuando se da "seguridad" no cabe la Esperanza. El hombre seguro es el que devuelve el mismo talento que recibió porque tenía miedo a Dios y quiso asegurarse ante el retorno. La Esperanza lleva al riesgo y a la intemperie.

Desde los esquemas valorativos de este mundo el final de la vida de Jesús es un fracaso. Después del viernes santo Jesús participa del silencio del sábado santo. Silencio del Dios que sigue "callando" en esta historia de fracaso y frustración para los más. Silencio de Dios sobre tantas utopías fracasadas, de tantas ilusiones y proyectos que han sido devorados por la única realidad que aparece como eficaz: el poder y sarcasmo de los satisfechos que por tenerlo todo no esperan nada. Silencio de Dios sobre tanta Bondad y Solidaridad diluida en la trama de egoísmos, injusticias, traiciones y vilezas.

La experiencia de la presencia del Espíritu lleva a Esperar, sin autoengaños ni falsa ilusiones sobre la historia concreta que vivimos, en nuestro futuro contra toda esperanza. No desesperamos porque el Espíritu nos da unos ojos limpios para ver: No se ha dado un cambio mágico de la realidad injusta y sufriente del mundo, lo que se ha dado es la posibilidad de situarse en la realidad y en la historia desde la Vida

En la vida, muerte y resurrección de Jesús se revela el Dios de vivos, no de muertos. No es un Dios legitimador del fracaso de Jesús y de los excluidos como él. Los que ejecutaron a Jesús no tenían razón. Creyendo que defendían a Dios (a Dios no se le defiende), a la "Ley" y al "Templo" estaban defendiendo su propio poder y prestigio a costa del sufrimiento de los pequeños, pobres, pecadores y excluidos. Los que se han quedado en el camino tienen futuro, los verdugos no tienen la última palabra sobre las víctimas y esto son afirmaciones esperanzadas.

Se rompe el maleficio de "hay lo que hay", "esto es así y no puede ser de otra manera", "sólo cabe esta política y este orden económico", se rompen, al fin, las redes de muerte. Se comienza a ver la historia desde otra ventana: El Dios de Jesús, el Padre, misterio de Amor que se nos da por el Hijo y nos dan su Espíritu, se identifica para siempre con los crucificados de la historia.

No puede tratarse de una ilusión. La ilusión no dura tanto cómo para mantener día a día durante muchos siglos tantas prácticas de ternura, misericordia y justicia. Al igual que la historia no puede ser leída en clave de los vencedores, la historia de la comunidad cristiana no puede ser leída sólo desde sus incoherencias y falta de fidelidad a su Señor. La historia de la comunidad cristiana manchada de barro y de sangre es también la historia del derroche de misericordia del Viviente. Es necesario recuperar la historia de aquellos testigos que con su vida construyeron espacios de justicia, ternura y misericordia en donde los excluidos encontraron y encuentran sitio.

Al Viviente es posible encontrarlo. Se le encuentra allá en donde hay capacidad de acogida ("quédate con nosotros que la tarde está cayendo"), en donde no se vuelve la espalda al hermano. Se le encuentra en donde se da la capacidad de compartir el Pan y la Palabra, porque hay capacidad de compartir panes y palabras ("lo reconocieron al partir el pan").

La confianza en el Viviente nos abre al futuro con esperanza y realismo. No negamos nada de la dureza y brutalidad de la realidad que vivimos. Nuestros contextos de cuarto mundo tienen mucho de viernes y sábado santo. Abrirnos al futuro consiste en no entrar en el juego de la muerte y sus redes. No desesperar ante las sin-salidas. Seguir apostando por la Vida, especialmente por las vidas de aquellos que para nuestra sociedad están muertos o mejor que no existieran. Seguir seducidos por la tarea de afirmar dignidades. Seguir construyendo lugares en que se pueda compartir el techo, el pan y la palabra. Seguir aceptando el perdón que consiste en aceptar la precariedad y debilidad de nuestra condición humana. Es el único modo de no destruirnos unos a otros.

El Viviente trae una palabra de Paz. Una Paz que no se construye con un equilibrio precario sobre nuestros miedos, temores y pactos de no-agresión. Paz que se construye sobre la aceptación "del otro".

El Señor Jesús no va a restaurar Israel pero sí que nos da la posibilidad de situarnos en la vida desde la Vida.

Seguimiento en tiempos sin esperanza

- Seguimos al crucificado: ni atajos ni rodeos

Si nos situamos en este mundo con lucidez y desde la Buena Noticia caemos en la cuenta que no podemos esperar que un "dios todopoderoso" nos evite el vivir la dureza de la realidad. En

nuestra cultura "débil" esto es fuerte y asustante. Sólo nos mantenemos en la Esperanza en la medida que, paradójicamente, experimentemos y compartamos la falta de esperanza de los más. Vivimos tiempos en los que es urgente ayudarnos unos a otros a no abandonar nuestra cultura, nuestra historia y nuestro mundo que sigue crucificado. No hay esperanza sino evasión y falta de honestidad cuando no nos hacemos cargo y encargamos de las realidades sufriente y dolorosas. El seguidor de Jesús de Nazaret, el Hijo del Dios Vivo, tiene que negar toda evasión de la realidad. El espíritu no es un "asilo de ignorantes" sino la Fuerza que nos empuja al lugar de la tentación y de la prueba. Sólo la prueba produce fortaleza y esta Esperanza.

En Getsemaní Jesús asumió con dolor la vida hasta el final. El poder de Dios revelado en su Hijo Jesús es el poder dar la vida y nos da su Espíritu para que podamos seguir, junto con él, dando nuestra vida. En esta vida no hay atajos. Sí que podemos dar rodeos para no encontrarnos con los que se quedan en las cunetas de esta historia, pero entonces perdemos lo más propio del seguimiento: la Compasión y la solidaridad

- Una Esperanza que sabe de aflicción

Por eso nuestra esperanza está de luto. Es una esperanza que carga con el sufrimiento y por eso nos aflige. En el seguimiento de Jesús nos cargamos de aflicción con los afligidos. Sólo entonces nuestra esperanza no es cínica sino que es una esperanza que sabe de cantos de aflicción y por eso de cantos de Gloria. Los cantos de Gloria anticipan el futuro.

Esta esperanza humaniza profundamente porque nos hace mirar donde esta cultura no quiere mirar, no quiere mirar donde no hay parecer, belleza, ni hermosura que agrade. Cuando Jesús es torturado el evangelio de Juan nos dice: ¡ecce homo! (Ahí está el hombre). Cuando nuestra mirada penetra la condición humana en su dolor, las entrañas de compasión y de misericordia esperan que se hará justicia a las criaturas que han muerto en la desesperación.

Cuando nos acercamos a los "afligidos que no tienen protector" descubrimos que el Viviente está con ellos y en la aflicción surge la Esperanza. Una Esperanza que nunca compartirán los satisfechos de este mundo que tienen los deseos más profundos atrofiados.

La esperanza es una deuda que tenemos para los que nos han precedido en esta historia humana y no han tenido futuro. Por eso es necesario en esta cultura no perder memoria. Pasamos las páginas muy rápidamente. El Viviente que es el Crucificado nos hace saludar el Futuro: cuando Dios sea todo en todos y podamos ver las esperanzas cumplidas. Seguimos viviendo en la tierra de la promesa, pero vivimos confiando en el Dios de la Vida.

- La esperanza como opción seducida

Sólo porque el Crucificado es el Viviente la esperanza no se convierte en un imperativo categórico, en un voluntarismo, y en un esfuerzo sobrehumano. Nuestra opción por la vida y el futuro es una opción seducida. No es una opción voluntarista que lleva a la rigidez, a la tensión insana y que en fondo mantiene la falsa ilusión que sólo desde el yo y el nosotros podremos engendrar un mundo diferente.

La esperanza cristiana no entiende de prepotencias, ni de superhombres ni de supermujeres, ¡no existen!. Cuando la opción, los mecanismos del deseo y de la decisión, queda "atrapada" por el Viviente nos damos cuenta que nuestro esfuerzo se enmarca en la radical y total Gratuidad. El futuro es tarea y don. Porque nos seduce la pasión que siente Jesús por el Padre y por las criaturas entonces nosotros nos adentramos en esta historia portando esperanza al mismo tiempo que sintiéndonos muy precarios y limitados porque nuestro propio yo también participa, si lo dejamos sólo, de la dureza de corazón.

La opción seducida nos hace estar en esta vida con los ojos fijos en Él, con los pies en esta historia, y con las manos tendidas. Si nuestra opción no está arraigada en la Gratuidad no seremos portadores de esperanza sino portadores de nuestras frustraciones y rigideces.

Podemos crecer en la Esperanza

- Para alimentar la Esperanza que nos trae la Buena Noticia es necesario no evadirnos de nuestra realidad personal, comunitaria y social. No podemos alimentar espiritualidades evasivas que ignoren la dureza de la realidad crucificada.

- La Esperanza cristiana no es sólo un sentimiento interno de confianza sino que es un modo de estar en la vida y en la realidad. Modo de estar que supone sentirnos muy hermanos de nuestros hermanos más amenazados en su existencia. En un mundo cerrado y sin utopías la Esperanza lleva a seguir apostando, desde la Gratuidad, por la dignidad y futuro de las criaturas.

- Ser portadores de Esperanza es aprender a ver nuestra realidad desde "otra ventana". En nuestro mundo existe mucha solidaridad y esperanza "sumergida" que no vende en los medios de comunicación salvo momentos muy dramáticos que se "consumen" muy rápidamente. Es necesario cambiar la mirada.

- Para ser hombres y mujeres esperanzados tenemos que evitar entrar en dinámicas derrotistas o ilusorias. La Esperanza se teje con esperanzas muy pequeñas y concretas.

- La Esperanza crece cuando Jesús de Nazaret deja de ser un mero modelo ético a imitar, la imitación del modelo lleva a la frustración, y pasa a ser experiencia Viva de la Gracitud del Padre revelada en su Hijo y fortalecida por el Espíritu. Esta experiencia crece en la Oración y la Fracción del Pan compartidos con sencillez y humildad.

- La Esperanza siempre nos lleva a esperar "El cielo nuevo y la tierra nueva" que se adelantan en nuestra historia concreta cuando los creyentes sentimos pasión por este mundo tan del Padre y tan nuestro.

Toni Catalá